

POR QUÉ SE REEDITA ESTA OBRA

Hace casi treinta años publiqué mi primer libro. Éste. Lo escribí del tirón, en veintiún días, sentado frente a una vieja puerta de madera convertida en mesa de trabajo, con vistas al Mediterráneo, en la casa que mis padres tuvieron en la costa del Azahar. Su argumento surgió con el ímpetu de las cosas vividas en primera persona. Tras meses encadenando viajes por Estados Unidos, Italia y Francia, tenía tanto que contar que la aventura emergió a borbotones, imparable. Ahora, al releer estas líneas de juventud, me conmueve reencontrarme con su pureza de intenciones y su sentido de la justicia. *Roswell. Secreto de Estado* fue el fruto de la apasionada búsqueda de respuestas a algo que en aquellos años formaba parte de mis certezas vitales, pero que sólo provocaba indiferencia o sonrisas burlonas entre quienes me rodeaban. Yo creía que este planeta llevaba milenios siendo visitado, controlado incluso, por inteligencias de otros mundos, y sin calcular las consecuencias que podría acarrear una seguridad como aquella me lancé a intentar demostrárselo al mundo.

Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Hoy el asunto de los ovnis se discute, pero no se tilda de fantasía.

Nadie podría haber imaginado cuando empecé a estudiar el incidente que da título a esta obra que, en julio de 2023, un exoficial de inteligencia de Estados Unidos denunciaría ante el Capitolio, bajo juramento, que el Pentágono custodia ovnis estrellados y los cadáveres de sus pilotos. Ni que veríamos sus declaraciones abriendo los informativos de televisión. Pero ocurrió. Ante representantes de varios estados, David Grusch, veterano condecorado en Afganistán, aseguró conocer los lugares de alto secreto en los que se guardan esas evidencias e incluso denunció la existencia de un programa militar de «retroingeniería» que se remonta a los años cuarenta, creado para extraer provecho de su desarrollo tecnológico.

Al tiempo que eso sucedía, en el Senado de Estados Unidos se redactaba un apéndice de la nueva Ley de Defensa en el que se exigía una mayor atención a la potencial amenaza de vuelos no controlados de UAP¹ en el espacio aéreo del país. Su texto mencionaba explícitamente «tecnologías de origen desconocido», «vehículos transmedia» (capaces de moverse en tierra, mar, aire y espacio) e «inteligencias no humanas» a las que invitaba a vigilar de cerca. Hasta la NASA se vio forzada en 2023, tras setenta y seis años evitando el tema, a pronunciarse sobre los ovnis y admitir que hay que destinar recursos humanos y científicos a su estudio.

Por supuesto, ninguna de esas afirmaciones fue novedosa para mí. Este libro demuestra que llevo más de media vida tratando de responder *exactamente a las mismas preguntas* que ahora resuenan en esos pasillos. «Pero ¿dónde están tus pruebas?», llevan también décadas requiriéndome

1. *Unidentified Aerial Phenomena*, siglas propuestas en 2017, en el entorno militar estadounidense, para referirse a los ovnis.

los más incrédulos. «¡Las encontraré!», les dije siendo apenas un adolescente.

Fue en 1991 cuando empecé a buscarlas. Ésa es la historia de este trabajo. Tras unos años precoces consagrados a entrevistar a personas que habían visto ovnis en mi entorno (entre ellos, curtidos marineros de Vinaròs; algún que otro médico y hasta un par de veteranos periodistas del Maestrazgo), la llamada telefónica de un verdadero experto fue la culpable de ponerme tras las huellas del «gran caso». Al otro lado del auricular estaba Antonio Ribera, el decano de la investigación de los No Identificados en España. Llevaba carteándome con él desde que tenía sólo 15 años, y en ese tiempo se había convertido en el abuelo que nunca tuve. Fue él quien me recomendó que aprendiera inglés si quería acceder a la mejor bibliografía sobre misterios del mundo. Fue él quien me abrió el apetito por asuntos tan dispares como los moáis de la isla de Pascua o la exploración submarina, y también quien me enseñó el valor de contar las cosas usando las palabras adecuadas.

Aquella tarde, emocionado, Ribera me comunicó que le habían invitado a participar en un congreso internacional sobre misterios aéreos en Tucson, Arizona, y me pidió que lo acompañara como su asistente personal. Antonio tenía por entonces 71 años, acababa de sufrir un importante contratiempo cardíaco y no se encontraba con las fuerzas necesarias para emprender solo un viaje de semejante envergadura. Y yo, claro, acepté convertirme en su secretario. Nunca había estado en América, y la posibilidad de hacerlo junto a investigadores de todo el mundo que sólo conocía por sus libros me convenció. Sin embargo, no fue ése el argumento definitivo. De repente mi mirada se ancló en un objetivo aún mayor que el bueno de Antonio me sirvió en bandeja: no lejos de Tucson se encontraba la «célula

madre» del misterio que nos obsesionaba a ambos. Allí, en una olvidada ciudad de Nuevo México, en Roswell, vecina de los grandes campos de pruebas nucleares de la guerra fría, se produjo en julio de 1947 uno de los más extraños accidentes aéreos que se recuerdan. En aquel lejano verano de la posguerra un vehículo de procedencia desconocida se estrelló en el desierto, fue recuperado por personal militar y su rescate *anunciado oficialmente* como el de un «disco volante», tal vez de naturaleza extraterrestre. Enseguida, por razones que todavía se desconocen, aquella noticia se acalló.

Durante décadas no pocos interesados en la cuestión ovni sospecharon que allí había ocurrido algo muy serio. Y yo empecé a creer que ese incidente bien podría esconder «la prueba» que buscaba. Llevado por un entusiasmo sin límite, viajé a Tucson, después a Roswell, y gracias a un adelanto a cuenta de una serie de reportajes para la revista *Más Allá de la Ciencia*, conseguí entrevistar a los últimos testigos vivos (la mayoría militares retirados) que vieron o estuvieron cerca del misterioso «disco».

Ninguno de aquellos hombres —lo sé— me mintió. Hubiera sido absurdo hacerlo a un inofensivo extranjero de veinte años cargado de cámaras y grabadoras. Entonces los civiles aún no teníamos Internet y si querías hablar con alguien en la otra punta del globo, no quedaba otro remedio que ir en su busca. Ahora me alegro. Los ancianos que entrevisté estuvieron cara a cara con lo «imposible». El brillo de sus ojos los delataba. Vieron y hasta tocaron algo que no les pareció de este mundo. Y, como era de esperar, su testimonio se incrustó en mi memoria como una verdad valiosa y defendible.

Cuatro años después de aquel viaje iniciático en el que, por cierto, también tomé contacto con los escenarios ame-

ricanos de la que sería mi primera novela, *La dama azul*,² se produjo el acontecimiento que me *obligaría* a redactar estas páginas.

En la primavera de 1995, como si fuera un «fuego griego» imposible de sofocar, el rumor de que se acababa de filtrar una filmación militar de alto secreto del accidente de Roswell en el que no sólo se veían los restos de una extraña aeronave, sino también los maltrechos cadáveres de sus ocupantes, me reconectó con la «gran búsqueda». El documento, según se dijo entonces, mostraba el examen anatómico forense de al menos dos cuerpos de otro mundo.

¿Cómo no iba a perseguir una historia así?

Durante los meses previos a la redacción de *Roswell. Secreto de Estado* llamé a cuantas puertas pude para establecer la autenticidad o no de aquel filme y su vínculo con lo sucedido en Nuevo México en 1947. Fruto de esa fiebre escribí estas páginas. Hoy, con la perspectiva que da el tiempo, las habría elaborado de otro modo. Sin embargo, he decidido darlas a imprenta de nuevo, sin cambiar nada de lo esencial, para que el lector tenga la oportunidad de comprender mejor por qué escribo lo que escribo. Tan sólo me he permitido añadir un apéndice que actualiza y resuelve su trama. En el fondo, querido lector, debes saber que toda mi obra, también la literaria, nace de la curiosidad que se activó en aquellos años tras los ovnis. En definitiva, de una mirada curiosa que nunca se ha dejado arrastrar por las opiniones de quienes descartan *a priori* todo lo que no encaja con nuestro «mapa del mundo», con nuestra «realidad».

Tres décadas después de que *Roswell. Secreto de Estado* viera la luz, conservo como el más preciado de mis tesoros esa mirada. Quizá me ha llevado a equívocos. No importa.

2. Publicada por esta misma editorial.

Este libro, sin ir más lejos, los contiene. Pero su calado es relativo. Doy por cierto que de no haberme enfrentado en solitario a desafíos como éste y de no haber compartido una parte importante de mi vida con aquellos que han estado delante de «lo imposible», yo no sería el escritor comprometido con el proyecto de hacer visible lo invisible en el que me he convertido.

Ojalá el futuro valore más la «fuerza mayor» que me empujó a esta locura, a la que aludo en la dedicatoria de este volumen, y que aún me sirve de guía.

Planeta



Mapa de Nuevo México que recoge los diferentes escenarios en los que se supone que se recuperaron restos de ovnis en julio de 1947.

Jamás en la Historia de la investigación ovni, un episodio ha despertado tanta controversia como el llamado «caso Roswell». En nuestros días esa polémica es doble. Por un lado, seguimos sin saber con exactitud qué clase de aeronave se estrelló en Nuevo México en julio de 1947 y qué razones llevaron a la Fuerza Aérea de Estados Unidos a clasificar como secreta su recuperación. Por otro, la divulgación en 1995 de unas imágenes que recogían la autopsia practicada a los pretendidos extraterrestres caídos en Roswell resituó el caso en las portadas de un buen número de medios de comunicación de todo el mundo.

A mediados de los años noventa del siglo pasado no disponíamos de elementos suficientes para considerar aquella filmación auténtica... pero tampoco para desecharla como un fraude. Ambas posturas fueron durante mucho tiempo meras opiniones. Fue justo entonces cuando escribí el libro que el lector tiene en sus manos.

Hoy, aunque hasta los expertos más crédulos consideran aquel documento fílmico el producto de un fraude singular y quienes lo divulgaron han confesado ya que fue la «recons-

trucción» de un documento real, todavía persiste la incógnita de por qué se hizo circular una película como aquella en vísperas del cincuenta aniversario del misterioso accidente de Roswell, justo cuando todos esperábamos que el gobierno de Estados Unidos desclasificara sus archivos sobre el caso.

En este trabajo se contienen algunas pistas que ayudarán al lector a comprender una trama tan intensa y a bucear en los preliminares de lo que, a buen seguro, el futuro definirá como la «noticia» o el «fraude» del siglo.

Y me refiero, naturalmente, al caso Roswell. No a la malhadada filmación de las autopsias.

Planeta